

Del uso de la Fuerza en la era atómica

RAFAEL LUIS BARDAJI,
Director del Grupo de Estudios Estratégicos

EN 1945, la humanidad entró en la era del plutonio de la mano de las bombas arrojadas sobre las tristemente conocidas ciudades de Hiroshima y Nagasaki y también, formalmente, en la era de la paz eterna de la mano de la Organización de Naciones Unidas y su condena y prohibición de la guerra como instrumento de las relaciones entre los países.

Las destrucciones y las heridas de la apenas finalizada guerra provocaron el horror y el rechazo generalizado de las implicaciones de todo conflicto bélico y estuvieron en la mente de quienes rehicieron el orden de postguerra. La Carta de las Naciones Unidas declaraba así, como uno de sus principios fundamentales, el rechazo de la amenaza y el recurso de la fuerza entre las nacio-

nes proponiéndose regular la vida de los Estados alrededor del concepto de "resolución pacífica de las controversias".

Por otro lado, la impresionante destructividad de los nuevos ingenios nucleares y su diseminación que ponían en peligro ya no sólo a las fuerzas del enemigo y a su población, sino a las gentes del mundo en general, conducía a pen-



El mundo se halla dividido por varios conflictos, uno de ellos representado por el binomio blanco-color, occidentalidad-islamismo.

sar que la guerra no podía ser nunca más la continuación de la política por otros medios, un instrumento más a disposición de la racionalidad y los intereses de los Estados. Como sabemos, el arsenal atómico ha hecho emerger un pensamiento estratégico radicalmente distinto al conocido hasta entonces y que bien condensa una frase de Bernard Brodie, teórico de la disuasión nuclear: "hasta ahora las armas se habían hecho para ganar las guerras, desde este momento su objetivo fundamental es evitarlas".

Un mundo donde la agresión está prohibida y donde la violencia ya no responde a los intereses de los pueblos debería contar con una sociedad internacional pacífica en la que la fuerza militar no tendría sino a disminuir en importancia y desaparecer. Y han sido muchos quienes en los años 50 y 60 así lo han pregonado. Desgraciadamente no es difícil encontrar pruebas históricas que nos convenzan de que el mundo en que vivimos no es menos violento que en épocas anteriores. A pesar de los buenos propósitos de la ONU y de querer ser las armas nucleares las armas "absolutas". El recurso a la fuerza sigue siendo válido y real porque el poder militar sigue siendo útil en las relaciones internacionales aunque tal vez de

otra forma a como se había entendido antes.

De la utilidad del uso de la fuerza

Podría decirse que la razón que un país encuentra en el mantenimiento y eventual uso de su poder militar depende directamente del deseo de satisfacer unos bienes (materiales o no) a unos costos determinados. O de otra manera, la utilidad del recurso a la fuerza está en función del valor de los bienes a satisfacer menos el coste de realizarlos. Esto es:

$$U = b - c$$

Y teniendo en cuenta que los bienes pueden ser muy diversos al igual que el coste de los mismos, la utilidad podría expresarse por tanto como:

$$U = b - c = (b_1 + b_2 + b_3 + \dots b_n) - (c_1 + c_2 + c_3 + \dots c_n)$$

Dejando al margen los problemas metodológicos de cómo medir la utilidad, algunos teóricos han defendido que ésta era inexistente o negativa ya que el arma atómica elevaba los costes al infinito a la vez que se producía un cambio en la naturaleza y en la forma de los bienes y valores a procurarse.

Tradicionalmente, el empleo del

poder militar venía marcado por dos señas básicas: un propósito de defenderse de una agresión y por lo tanto el poder militar no se proyectaba con fines adquisitivos (de tierras, hombres o riquezas) o, por contra, un ideal ofensivo que pretendía el control o la posesión de una zona ya por sus riquezas ya por su situación ventajosa, económica o estratégicamente hablando.

Hoy, por contra, la motivación del agresor se habría modificado sustancialmente: si bien hasta la época las aventuras de agresión territorial venían marcadas por la avaricia económica en su gran parte —esa es la historia de las colonizaciones y del imperialismo sin duda— ahora se daría un generalizado consenso entre las naciones y gobiernos y entre las poblaciones de que la fórmula para conseguir la realización del Estado de Bienestar no pasa por la ocupación militar de terceros países, sino por la profundización de la revolución económica a través de la innovación tecnológica y el incremento del intercambio mundial.

No sólo es que la riqueza así lograda sea mayor, sino que la búsqueda tradicional por medio de la conquista se habría vuelto totalmente prohibitiva para quien lo intentase, militar, económica, política y moralmente. Por un lado, el mundo actual no es mundo vacío sino bien armado y dada la eficacia de los modernos sistemas de armas, incluso un escaso puñado de hombres puede infligir un gran daño al atacante: en segundo lugar, dada la sofisticación de los medios militares actuales y sabiendo de la voracidad en material de los enfrentamientos modernos, cualquier batalla no puede resultar barata. Una ocupación o una lucha contra la guerrilla no pueden serlo menos; finalmente, el derecho internacional y la moral son elementos que deben entrar en consideración. La retirada de embajadores puede ser significativa, un embargo puede serlo todavía más. Un bloqueo u otras sanciones deben de producir un resultado negativo. Tampoco hay que olvidar que el mundo se halla dividido básicamente por dos conflictos que se encabalgan a veces: el ideológico entre el Este y el Oeste y el económico entre el Norte y el Sur. Una acción agresora puede ser condenada inmediatamente por uno de los bloques si no por todos, dependiendo de la posición relativa del agresor en el tablero de las tensiones mundiales. Si además consideramos otros binomios como Blanco-Color, Occidentalidad-Islamismo, etc., puede comprenderse la dificultad para un país con visos de conquista de no ser atrapado por una fácil condena.



Dos enfrentamientos se encabalgan a veces, el ideológico entre el Este y el Oeste, y el económico entre el Norte y el Sur.

Por otro lado, también se afirma, la utilidad del poder militar viene disminuida por la elevación de los costes de cualquier agresión, particularmente si consideramos el armamento nuclear.

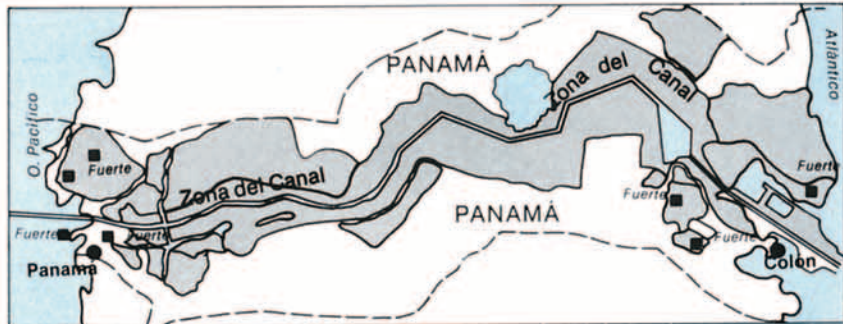
La "bomba", el arma atómica, por su naturaleza, por su característico, por su multiplicación en un orden nuclear, vuelve impensable su utilización como un acto racional aplicado a obtener unos beneficios, al menos que el holocausto se juzgue una ganancia neta, se dice. La era de los misiles ha traído, primero, un nivel de daños y destructividad incalculable, inaceptable para cualquier conflicto; en segundo lugar, una velocidad de destrucción nunca antes lograda y que imposibilita la plena explotación de las complejas situaciones de fuerza de un enfrentamiento. Las nociones de "lanzamiento ante una alarma" o "bajo ataque" pondrían de relieve las escasas alternativas frente a un ataque nuclear, su desarrollo y su posible terminación; en tercer lugar, la clara ventaja actual de la ofensiva sobre la defensa haría que cualquier pensamiento sobre el "día después" cayese en una sombría morbosidad o en una cándida plegaria. Todo ello no podía significar otra cosa que lo absurdo de blandir las armas nucleares para resolver las disputas del mundo moderno.

Sin agresión valiosa ni átomo eficaz el sistema universal no sería sino un paseo por la tranquilidad y la cooperación solidaria y en donde el mantenimiento de una fuerza militar, incluso defensiva, no sería más necesario. El mundo en paz sin medios para quebrarla.

Lamentablemente no ha sido así. Primero, porque aún cuando el valor del uso de la fuerza haya disminuido en su forma tradicional, eso no significa automáticamente que la amenaza a su recurso también haya disminuido o que al menos, lo haya hecho en la misma proporción; en segundo lugar, que la utilidad tradicional del poder militar haya cambiado no quiere decir que tenga que haber disminuido; por último, incluso si la forma tradicional se ha reducido efectivamente, de ahí no debe deducirse que la fuerza no se exprese de distinta manera y que la violencia institucional no tenga un papel importante en las relaciones entre los países.

Las guerrillas limitadas, los conflictos regionales

En efecto, aún bajo una perspectiva optimista, una ojeada a la actualidad no puede sino llevarnos a reconocer que el poder, la violencia y la fuerza juegan un papel todo



América Central es, en la actualidad, una zona de enfrentamiento entre el Este y el Oeste.

menos que marginal en la escena internacional.

Dos presupuestos de los teóricos del fin de la guerra parecen haberse demostrado equivocados: el primero sobre la naturaleza total y absoluta de las armas nucleares; el segundo sobre las implicaciones de una división rígida del mundo en dos bloques.

Afirmar que dada su capacidad de acabar con la civilización y la Tierra misma las armas nucleares hacían de todo enfrentamiento nuclear un suicidio y, por lógica, lo hacían impensable e imposible, significa hablar con generalidades y, lo peor, no tomar en consideración la evolución técnica que han experimentado las armas atómicas.

A decir verdad, una vez superados los primeros años 50, lo que podríamos denominar la prehistoria nuclear, no existe más "la bomba", existen distintas armas nucleares que difieren en poder explosivo, alcance y también en propósito. Aparecen las armas nucleares tácticas y con ellas la visión de un enfrentamiento entre los EEUU y la URSS de alcance limitado. En estos primeros momentos, la noción de guerra limitada expresa un conflicto que no afecta directamente al territorio de las dos superpotencias, implica una limitación del teatro de operaciones. Un general americano llegó a bromear al respecto diciendo que "una guerra nuclear limitada es una bomba sobre el Bundestag; un misil sobre mi cuartel general sería un conflicto estratégico".

Posteriormente se refinó sustancialmente el concepto, habida cuenta de que una guerra limitada a Europa no sería muy diferente para los europeos de un conflicto global. Una guerra limitada vendría definida primordialmente por el nivel de violencia empleado en la misma. De esa forma, el territorio de los dos grandes volvía a ser vulnerable aunque no catastrófica. Por definición un ataque limitado no debería ser muy numeroso.

De todas formas, y aunque el pensamiento estratégico haya seguido

la vereda de pensar lo impensable y acercar conceptualmente el campo de batalla nuclear, la realidad del mundo actual hizo que la idea de guerra limitada saltara lejos de la palestra atómica y se refiriera a guerras que no afectaban directamente a los dos grandes de manera abierta. Vietnam, las guerras árabes-israelíes, las Malvinas, Afganistán o la guerra Irán-Irak. Si es cierto que en Corea limitado significó no emplear bombas nucleares, la importancia de la restricción geográfica volvió a ser determinante tras este conflicto.

Junto a las ideas de guerra total y guerra limitada emergieron la guerra local y la guerra regional.

En efecto, los pensadores de la paz de postguerra habían creído que toda guerra resultaría por mor de un universo friamente bipolar en una guerra nuclear. Estando rigidamente establecidas las relaciones entre los líderes de las alianzas y sus respectivos acólitos, cualquier conflicto entre los bloques no comenzado por los dos grandes acabaría en una guerra total gracias a un proceso inexorablemente escalatorio. Nada más falso.

El mundo salido de la guerra fría ha continuado siendo esencialmente bipolar en el aspecto militar, pero mucho más confuso en el terreno político, donde los actores —los Estados— no han dejado de proliferar. Los años 50 y 60 revelarían que las alianzas eran militarmente estables en Europa y en Japón, pero no en muchos lugares más, África y otras zonas han puesto de manifiesto que en el llamado Tercer Mundo aún se lucha por conquistar territorialmente. China, Pakistán, la India han dejado bien patente que se puede morir por causas ideológicas sean del carácter que sean. Argentina se volcó en las Malvinas huyendo de su derrumbamiento político, el Reino Unido reviviendo un viejo ideal imperial. Y hoy, después de siete años, Irán enseña las garras de la cruzada integrista en una guerra que, lejos de limitarse, amenaza con crecer en su violencia y en expandirse en sus implicaciones. ■